

PRESENCIA DE LA VIRGEN SANTISIMA EN LOS RITOS PENITENCIALES DE LA EUCARISTIA Y LA PENITENCIA

LAURENTINO M.^a HERRAN

Razón del tema

Un problema interesante que la Mariología tiene abierto es explicar, dentro de todo el contexto teológico y a partir de la verdad de ser *María Madre de la Iglesia*, su presencia activa en la eficacia de los sacramentos.

Sabemos que éstos actúan con la eficacia de Cristo, quien —o personalmente en la Eucaristía o virtualmente en los otros sacramentos— aplica al creyente los efectos de su obra redentora. Ahora bien: «en esta obra tan grande, por la que Dios es perfectamente glorificado y los hombres santificados, Cristo asocia (*consociat*) siempre consigo a su amadísima esposa la Iglesia, que invoca a su Señor y por El tributa culto al Padre eterno» (Const. *Sacrosanctum Concilium*, 7).

La Constitución emplea el verbo *consociare*, que indica una mediación de la Iglesia unida a Cristo Mediador. Es Cristo presente quien, en la Iglesia y por la Iglesia, por medio de los *signos sacramentales* alimenta y robustece la fe, que en ellos se expresa mediante palabras y cosas que son los elementos del sacramento (SC, 59). Los sacramentos confieren la gracia a quien está dispuesto, y ello *vi sacramentorum*, porque son instrumentos eficaces de la gracia que significan.

Pues bien. María es la Madre de la Iglesia, y de Ella afirma la Constitución dogmática *Lumen gentium* que ejerce sobre la Iglesia un influjo salutífero (núm. 60), y precisamente en fuerza de su *munus maternum*: «es nuestra Madre en el orden de la gracia» (núm. 61).

Esta maternidad, que durará todo el tiempo de la Iglesia, ¿es

mediata o inmediata?; ¿influye sobre el sacramento, o sobre las disposiciones del que lo confecciona o lo recibe?

Armando Bandera tiene publicado un libro, *La Virgen y los Sacramentos*¹, que es un intento serio de exponer la acción maternal de la Virgen en cada uno de los siete sacramentos. Su esfuerzo, aunque no siempre haya llegado a explicaciones definitivas, sugiere pistas para seguir profundizando en el tema, en el que inciden la mediación de la Iglesia y la mediación de la Virgen, que está siempre presente —como viene enseñando Juan Pablo II—² en la actividad maternal de la Iglesia.

En esta comunicación intentamos descubrir en la praxis penitencial de la Iglesia esa presencia activa de la Virgen Madre, y precisamente en los sacramentos de la Eucaristía y la Penitencia. Se trata, como verá el lector, de una investigación o recopilación de textos antiguos, a los que añadimos una reflexión personal.

Las «apologías»

Desde muy antiguo se hizo común el uso de oraciones en que los autores o lectores *se confesaban* de sus pecados.

De estas apologías³ nos interesan aquellas en que los cristianos o acuden a la intercesión de Nuestra Señora en la impetración de indulgencia o se confiesan directamente a la Madre de Dios, con cuya santidad contrasta poderosamente el cúmulo de los pecados de que se acusan.

Como de San Efrén encontramos en el *Enchiridium Marianum* una oración o exomológesis⁴.

El libro *De virginitate perpetua Sanctae Mariae*, de San Ildefonso, se abre con una *oratio-confessio* a Cristo:

1. A. BANDERA, *La Virgen y los sacramentos* (Rialp), Madrid.

2. De esta *presencia activa* en la Iglesia habló en la Basílica de Aparecida (4-VII-1980), y últimamente en el santuario mariano de Suyapa en Tegucigalpa (8-3-1983).

3. Las apologías, en latín *confessiones*, son plegarias que ofrecen tres aspectos, según Aymond d'Auxerre: «Tribus enim modis confessio dicitur. Est confessio in fide, et confessio in peccatis, est et confessio in laude. In fide, sicut confitetur universalis Ecclesia cum dicit: 'Credo in Deum'. Est confessio in peccatis, de qua Apostolus dicit: 'Confitemini alterutrum peccata vestra' (Iac 5, 16). Est et in laude, de qua Propheta dicit: 'Confitemini Domino quoniam bonus...' (Ps 105, 1)» (*Homilia II*, 12, PL 118, 796).

4. Cfr. ENQUIRIDIMUM MARIANUM (Casgrande), n. 347.

Y como no se nos ha dado otro nombre bajo el cielo en que pueda salvarme, sino el tuyo, Jesucristo Hijo de Dios vivo, por ello busco el refugio de la confesión, pido el remedio por la confesión, imploro la ayuda por el amor de la confesión, para que yo, impío que soy, te ame con mucha piedad, cuando tu piedad haya borrado mi grande iniquidad⁵.

Y se cierra con esta oración a la Madre de Cristo:

Y ahora vengo a tu presencia, la sola Virgen Madre de Dios, me postro ante ti, obra excepcional de la redención de mi Dios: me humillo ante tu presencia, la que solamente fuiste encontrada para Madre de mi Señor: te ruego, la que sólo fue encontrada esclava de tu Hijo, que me obtengas se me borren los hechos de mis pecados, que *mandes* me vea limpio de la iniquidad de mi conducta, que me hagas amar la gloria de tu eficacia, para que reveles la muchedumbre de la dulzura de tu Hijo...⁶.

A san Isidoro atribuye Alcuino esta oración:

Señor que nos escuchas con tanta piedad, pedimos a tu clemencia con la intensidad de nuestras súplicas, que por la *intervención y méritos* de la bienaventurada y gloriosa siempre Virgen María, y de todos los santos... aumentes la fe de tu santa Iglesia Católica, des la paz a los que nos gobiernan, y a nosotros *nos concedas la indulgencia y remisión de los pecados*⁷.

Del mismo San Isidoro conocemos el Libro *Synonimorum*, que es una larga confesión de los pecados, implorando la clemencia divina⁸.

A lo largo de los siglos VIII-XII son célebres las apologías de Ambrosio Autberto⁹, la plegaria *Singularis meriti*¹⁰, y la *con-*

5. S. ILDEFONSO, *Liber de perpetua virginitate Sanctae Mariae*, Madrid 1937, p. 56.

6. *Ibid.*, 162-163.

7. Cfr. ALCUINO, *Operum pars IV*, PL 101, 556.

8. S. ISIDORO DE SEVILLA, *Synonimorum*, lib. 1, PL 83, 842.

9. AMBROSIO AUTOBERTO, *Sermo in Annunciatione*, 5; *In festo Assumptionis*, 11 PL 39 (entre las obras de S. Agustín), 2106-2107, 2133-2134.

10. Cfr. H. BARRÉ, *Prières anciennes de l'Occident à la Mère du Sauveur*, Paris 1963, pp. 75-76.

fessio pura de Alcuino, aunque en ella no encontremos la referencia mariana ¹¹.

Dentro del área de influencia del obispo Ethelwood (963-984), en el monasterio de Newminster, se escribe una larga plegaria a la Virgen, que es *confessio* en los dos sentidos de la palabra: confesión de pecados y profesión de fe en el Hijo de la Virgen María. Esta *confessio* es curiosa, pues, a la hora de suplicar el perdón, se invierten los términos de la estricta teología: «quamuis audacter, sed non diffidenter, interpellaturus amplissimam bonitatem tuam, obtestans et increpans, si forte audeo, *te*, dominam meam, *per Deum et Dominum omnium Ihesum Christum*, filium tuum quem nimis infelix grauitur offendere miser ipse non timui, —quod me modis omnibus paenitet— ut tuis michi subuenias precibus» ¹².

Otra de las confesiones célebres es la de Fulberto de Chartres, que acude a la intercesión piadosa de la Virgen Santa María para que le alcance *spatium et locum indulgentiae* y llorar sin cesar sus muchos pecados, «para que así como me fue dulce el pecar, me sea también dulce el arrepentirme y llorar, no sólo los propios pecados, sino también los ajenos» ¹³.

En el monasterio de Fonte Avellana, bajo la inspiración de San Pedro Damiani, se recitaba esta fórmula de *confessio*:

«Ego miserrimus et infelix confiteor coram Deo, tibi, sancta et gloriosa virgo Maria, et vobis, omnes sancti Dei, mea culpa peccavi nimis per superbiam, in suggestione, delectatione, consensu, cogitatione, verbis et opere. Propterea deprecor te, piissima Dei genitrix, et vos omnes sancti et electi Dei ut orare dignemini pro me misero peccatore. Intercedentibus vobis omnibus, misereatur mihi omnipotens Deus» ¹⁴.

Podemos recordar finalmente la oración que San Anselmo de Canterbury dirige a Santa María «singularmente santa, después de Dios, más que todos los santos», Madre del Salvador del mundo ¹⁵.

Como puede verse, hemos ido recogiendo *confessiones* a lo largo

11. ALCUINO, *Confessio peccatorum pura*, PL 101, 524-526.

12. Cfr. BARRÉ, o. c., pp. 140-141.

13. «Sancta Dei genitrix perpetua uirgo Maria, impetra michi compunctionis lacrimas, ut innumerabilia peccata mea incessanter defleam, ut sicut fuit michi dulce peccare, ita michi dulce sit paenitere et lugere, non solum propria sed et aliena commissa» (BARRÉ, o. c., p. 156).

14. S. PEDRO DAMIANI, *Opusculum* XV, 24, PL 145, 356.

15. Cfr. S. ANSELMO, *Obras completas* (BAC), Madrid.

de unos siglos en que la devoción a María culmina en las grandes figuras de San Anselmo y San Bernardo, período en que se componen y se difunden las grandes antífonas marianas: *Alma Redemptoris Mater*, *Ave maris, stella* y, sobre todo, la *Salve*, tan en consonancia con el tono de estas apologías o confesiones ¹⁶.

Las confesiones en la Liturgia

Estas apologías se escribieron para ser recitadas personalmente en cualquier momento y circunstancia que lo exigiera el estado de alma del arrepentido. Pero fácilmente se descubre una especial oportunidad para prepararse a recibir la Eucaristía, dada la recomendación de San Pablo a examinarse antes de comulgar; conciencia que está en la base de prepararse mediante la confesión sacramental obligatoria, cuando uno se siente reo de pecados mortales ¹⁷. Aunque tales *confesiones* no suplen la confesión sacramental, ayudan al reconocimiento de la propia indignidad y son un recurso a la misericordia de Dios, disponiéndose a la celebración o participación de la Eucaristía.

Las más antiguas apologías, según Cabrol, las encontramos en el *Missale gothicum*, y se recitaban el día de la Pascua después de la oración del *Benedicite*: «Me acuso, pues, y no trato de excusarme: y delante de testigos te confieso, Señor Dios, mi injusticia» ¹⁸.

En nuestro misal hispánico, encontramos esta confesión que dice el sacerdote en silencio, inclinado ante el altar, y antes de empezar la Misa:

«Accedam ad te in humilitate spiritus mei: loquar te: quia multam spem, fortitudinem dedisti me: tu ergo fili David qui revelatus mysterio: ad nos in carne venisti: clave crucis tue secreta cordis mei adaperi: mittens unum de Seraphim qui candens carbo ille qui de altari tuo sublatus est: sordentia labia mea emundat: mentem et jubilet: docendi materiam subministret: ut lingua que proximorum utilitati per charita-

16. Sobre el autor de estas antífonas, cfr. ROSCHINI, *Dizionario de Mariologia*, Roma 1961.

17. Cfr. JUAN PABLO II, *Redemptor hominis*, AAS 71 (1979) 313 ss.; *Dominicae cenae*, 7, AAS 72 (1980) 124.127; *Alocución a la Sacra Penitenciaria Apostólica* (30.1.1981).

18. Dom CABROL, DAL, 3, 2592.

tem servit ne erroris insonet casum: sed veritatis resultet sine fine preconium: per te Deus meus: qui vivis et regnas in secula seculorum amen»¹⁹.

El *Liber sacramentorum* de San Gregorio recoge unas cuantas que, como estudia Dom Cabrol, con más o menos variantes se encuentran en los libros litúrgicos, convertidas en oraciones de misas votivas para pedir perdón, o en las festividades de la Santísima Virgen²⁰.

Como esta del *Sacramentarium Gelasianum*:

«Te quaesumus, Domine, famulantes, prece humili auxilium implorantes, et beatae semper virginis Mariae nos gaudia comitentur solemniis, cuius praeconia ac meritis nostra delectantur chirographa peccatorum, atque rubiginem scelerum moli viciorum igne compunctionis tui amore mundentur»²¹.

O esta otra del misal de Alcuino:

«Fideles tuos, quaesumus, Domine, intercendente beata Maria semper virgine, corpore pariter et mente purifica, ut tua inspiratione compuncti noxias delectationes vitare valeant; et ut earum non capiamur illecebris, tua iugiter pascamus dulcedine»²².

De estas oraciones para decir *ad libitum*, el Misal de San Pío V y muchas ediciones de Breviarios incluían la larga confesión titulada *Oratio sancti Ambrosii* (que con más probabilidad hay que atribuir a San Anselmo), distribuida para los días de la semana. En la que corresponde al viernes, hay una referencia piadosísima a la Madre de Quien es el Pan del banquete eucarístico: convivium «de tua carne benedicta, Agni videlicet immaculati, qui de sancta et gloriosa beata Virgine est assumpta et de Spiritu Sancto concepta»²³.

Las apologías y el «Confiteor»

Jungmann escribe que, alrededor de la mitad del siglo XI, las

19. Cfr. *Missale mixtum*, PL 85, 115.

20. S. GREGORIO MAGNO, *Liber sacramentorum*, PL 78, 226-231. En ninguna de estas apologías hay referencias marianas.

21. SAGRAMENTARIUM GELASIANUM, *In Adnunciatione*, PL 74, 1160.

22. ALCUINO, *Operum pars IV*, c. VII, Sabbato missa de sancta Maria, PL 101, 456.

23. MISSALE ROMANUM, S. Pii V auctoritate editum, *Praeparatio ad Missam*, feria VI.

apologías pasaron al *Confiteor* y deprecaciones posteriores que se recitaban al pie del altar²⁴. El origen del *Confiteor* es más antiguo.

En la *Regula canonicorum* de Crodegang, obispo de Metz, encontramos este acto penitencial al cantar el oficio litúrgico de Prima:

Confiteor Domino, et tibi, frater, quod peccavi, in cogitatione et locutione, et opere, propterea, precor te, ora pro me.
Y el otro responde: *Misereatur tui omnipotens Deus, et indulgeat tibi omnia peccata tua; liberet te ab omni malo, conservet te in omni bono, et perducat te ad vitam aeternam.* Y él dice: *Amen*²⁵.

En el *Micrologus de ecclesiasticis observationibus* se encuentra otra fórmula semejante²⁶. En un Misal de San Vicente de Volturno (s. X) encontramos una fórmula que era prácticamente la misma que se venía recitando antes de la reforma litúrgica posconciliar²⁷. Y el Concilio III de Ravena (a. 1314) tiene ésta:

«Confiteor Deo omnipotenti, beatæ Mariæ Virgini, beato Michaeli archangelo, beato Ioanni Baptistæ, sanctis apostolis Petro et Paulo et omnibus sanctis»²⁸

En el Sacramentario de Fonte Avellana encontramos la misma fórmula, con pequeñas variantes²⁹. Pero añade otra rúbrica: mientras se canta la Epístola y el alleluya, el sacerdote dice la *confessio*, primero al Señor y luego a la «beatissima Mater Dei et hominis», pidiendo su intercesión para que Ella logre el perdón divino, pues «no se considera digno de tratar y comer el Cuerpo de su Hijo»³⁰.

24. JUNGMAHN, *La Misa*, Tratado histórico litúrgico (BAC), 2.^a edic., Madrid 1953.

25. S. CHODEGANI METENSIS EPISCOPI REGULA CANONICORUM, c. XVIII, De hora prima PL 89, 1067.

26. H. LECLERQ, *Confiteor*, DACL, III, 2, 2551-2553.

27. R. PILKINTON, *Confiteor*, «Enciclopedia Cattolica», VI, 255.256.

28. MANSI, XXV, 547.

29. He aquí la fórmula:

Ego miser et infelix, confiteor Deo omnipotenti et beatæ Mariæ perpetuæ Virgini, et beato Michaeli archangelo et sanctis apostolis Petro et Paulo, et omnibus sanctis, et tibi, Pater, mea culpa, mea culpa, mea culpa, quia peccavi in cogitatione, suggestione, delectatione, consensu, verbis et opere, et omnibus vitiis meis malis; unde precor beatam Virginem Mariam, et beatum Michaellem archangelum, et sanctos apostolos Petrum et Paulum, et beatum N. et omnes sanctos, et te, Pater, orare pro me peccatore Dominum nostrum Jesum Christum.

30. Cfr. PL 151, 933.

El *Missale mixtum* del cardenal Cisneros nos ofrece esta fórmula que tiene, como se ve, unas pequeñas variantes:

Confiteor omnipotenti Deo et beatæ Mariæ Virgini: et sanctis Apostolis Petro et Paulo et omnibus sanctis: et vobis, fratres, manifesto me graviter peccasse per superbiam, in lege Dei mei: cogitatione, opere et omissione: mea culpa, gravissima culpa. Ideo precor beatissimam Virginem Mariam et omnes Sanctos et Sanctas, et vos, fratres, orare pro me³¹.

Pero aparte de la inserción del nombre de la Virgen, tanto en la deprecación como en la confesión, es bueno recordar el clima mariano que respira la preparación para la Santa Misa.

El sacerdote se arrodilla ante las vestiduras, y reza cuatro avemarías y se le exhorta a que de lo íntimo de su corazón se encomiende a la Bienaventurada Virgen María para ofrecer el aceptable Misterio a Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo, «y para tenerla como medianera y ayudadora en el santo sacrificio».

Esta costumbre de rezar de una a cinco avemarías se encuentra en el Misal Toledano. En la Liturgia de Santiago se rezaba un avemaría *después* de la consagración, e inmediatamente *antes* en la Liturgia de San Marcos, con esta fórmula: «Ave, gratia plena; Dominus tecum; benedicta tu in mulieribus, et benedictus fructus ventris tui, qui (¿quæ?) peperisti Salvatorem animarum nostrarum»³².

Finalmente, a partir del Misal de S. Pío V, las fórmulas se unificaron en el *Confiteor* que se venía recitando hasta la última reforma conciliar. Con la reforma el *confiteor* ha sufrido algunos retoques. Para evitar repeticiones se ha suprimido en la primera parte la mención de la Virgen, los Santos y los Angeles, que figuran en la deprecación por la que nos apoyamos en la intercesión de la siempre Virgen María, todos los Angeles y Santos, y de los hermanos asistentes a la celebración eucarística. Se conserva sólo la referencia en la segunda parte.

Reflexión teológica

Después del recorrido histórico y ante ese elenco de textos, pode-

31. MISSALE MIXTUM, pars I, PL 85, 525-526.

32. *Ibid.*, 523.

mos preguntarnos por el sentido teológico que tenga una *confesión* hecha a la siempre Virgen María, de la que esos textos hablan.

El que se acuda a la intercesión de la bienaventurada Virgen María para que el Señor perdone nuestros pecados se explica fácilmente, una vez aceptada la intercesión universal de la Virgen, persuasión general y constante de la Iglesia Católica. (Cfr. *Lumen gentium*, nn. 62.66). Pero ¿no se descentra el acto penitencial al *confesar los pecados a la Virgen?*; ¿quién, «sino Dios, puede perdonar los pecados»? (cfr. Mc 2,7); ¿no es acaso sólo la dimensión teológica la que hace que nuestras malas acciones sean estrictamente pecado? (SC, 109,b).

1. Una primera respuesta está en que no se ha encontrado dificultad en admitir en la fórmula de este acto penitencial —inmediatamente después de Dios— la confesión a los hermanos que toman parte en la Eucaristía. Es la puesta en práctica de aquella recomendación de Santiago: «confitemini alterutrum peccata vestra».

Confesarse pecadores es reconocer humildemente haber lesionado los derechos de los demás. Y esta dimensión social del pecado, dada la sociabilidad inherente al hombre, explica lo que se llama *estructura de pecado*, en la que todos somos corresponsables; y en fuerza de una ética que tiene que superar todo individualismo (cfr. GS, 30), caemos en la cuenta de que, con nuestras acciones u omisiones, hemos menospreciado la dignidad y los derechos de «los otros», o al menos nos hemos inhibido de los esfuerzos que deberíamos haber hecho, al combatir la injusticia, por nivelar las desigualdades económicas y culturales, por borrar las discriminaciones de cualquier signo..., en una palabra, por no haber atendido debidamente al bien común de toda la familia humana, de la que nuestros hermanos presentes en la Eucaristía son una porción representativa.

Tal es el lenguaje de la Constitución *Gaudium et spes* y del *Instrumentum laboris* del próximo Sínodo de los Obispos.

Pero esta consideración adquiere un relieve especial para la mentalidad cristiana, cuando sabemos por la fe que el nivel de nuestro amor a Dios se mide por los grados de amor efectivo al prójimo.

Pues bien. En esta visión *familiar* de la comunidad de los hombres, la Iglesia es «como un sacramento o signo de la unión de todo el género humano» (LG, 1), disgregado históricamente por el pe-

cado, y quiere borrar, con un reconocimiento sincero y eficaz, los pecados que atenten contra esa unidad³³.

2. Pero, en esa familia que somos los hombres, antes que a nadie ofendamos al Padre y a la que Dios ha querido, como en toda familia bien organizada, ocupe el puesto de Madre, la Virgen María³⁴.

Entonces descubrimos que esta antiquísima praxis, que hemos estudiado en breve esbozo, se apoya en la más antigua persuasión de la que nace el que los cristianos empezaron a llamar a la Virgen *Mater misericordiae*³⁵. Es a la misericordia de Dios a quien hemos de recurrir para que tenga compasión de nuestros pecados. Pero esta misericordia del Padre se nos reveló en Cristo, que se hizo misericordia «encarnada» en las entrañas de la Virgen Santísima, no sin su previo consentimiento³⁶.

En la *Salve* la llamamos «Reina de misericordia». Y hubo tiempo que se explicaba este apelativo —a modo humano, que no siempre era rigurosamente exacto— diciendo que Dios se había repartido su señorío o dominio poniendo en las manos de la Virgen el imperio de la misericordia y reservándose a su exclusiva competencia el ejercicio de la Justicia³⁷.

Si, mirándolo con medidas de teología, el modo humano es deficiente, llegó hasta el corazón del pueblo cristiano la verdad que la explicación encerraba, y, de llamar a la Virgen *Señora* o *Reina*, pasó a llamarle *Madre*³⁸. Son los dos términos que en el lenguaje de la piedad mariana se entrecruzan, sin que la legítima autoridad haya intervenido en contra, antes bien los ha incorporado a la litur-

33. En la Liturgia de las Horas, en las *Preces* de Laudes de los lunes de Cuaresma encontramos esta petición: «Quae contra unitatem familiae tuae commissimus, benignus indulge atque cor unum et animam unam nos esse concede».

34. PABLO VI, Exhort. *Mariæ cultus*, Introductio, AAS 66 (1974) 115.

35. Según su biógrafo, Juan de Salerno, O.D.N., abad de Cluny († 942) tenía la costumbre de llamar a la Virgen *Mater misericordiae* (*Vita Odonis Cluniacensis*, II, 20 PL 137, 72). Costumbre que pasó, como atestigua Barré, a S. Mayolo, Fulberto de Chartres, Maurilio de Ruen, San Pedro Damiani y otros autores del siglo XI, lo cual influyó en la modificación del comienzo de la *Salve* (BARRÉ, o. c., p. 111).

36. JUAN PABLO II, Enc. *Dives in misericordia*, 3.7.9., AAS 72 (1980) 1212. Cfr. *Lumen gentium*, n. 56.

37. Estas explicaciones las encontramos todavía en *Las glorias de María* de S. ALFONSO DE LIGORIO, p. 1, c. 1 (BAC 80, p. 527 ss.).

38. De San Agustín conservamos un sermón del Nacimiento de Cristo, en que, dirigiéndose a la Madre de Cristo, dice: «Lacta, Mater, cibum nostrum; lacta panem de coelo venientem et in praesepe positum» (*Sermo* 369, 1 PL 29, 1655).

gia oficial, haciéndose la más famosa y universal la antífona *Salve Regina, Mater misericordiae*³⁹.

3. Además este título tiene un sólido fundamento teológico. No es un puro sentimiento filial, por lo que antes de buscar el perdón del Padre de las misericordias se echa en el seno misericordioso de la Madre.

Podríamos acumular textos de la Tradición que confirman la honda raigambre de la *mediación* de Nuestra Madre: desde la oración *Sub tuum praesidium*, a la formulación expresa de estas palabras: «Nadie alcanza la salvación sino por tu mediación, oh Santísima (...). Nadie sino por tu medio recibe por misericordia el don de la gracia» (*S. Germán de Constantinopla*), y a toda la doctrina de San Bernardo, con razón llamado el Doctor de la Mediación⁴⁰.

Y es que, en María, el hecho de su elección para Madre de Dios llevaba consigo, simultánea e inseparablemente unido, el oficio de *asociada* a la obra de su Hijo el Salvador: la salvación de Dios es el contenido teológico del nombre que había de imponerse al Hijo suyo concebido por obra del Espíritu Santo y Santificador.

Esta íntima e indisoluble asociación a la Persona y obra de su Hijo⁴¹, es la que fundamenta la persuasión íntima del pueblo cristiano, que lo empuja a buscar la misericordia de la Madre, pues gracias a Ella nos llega la misericordia del Padre, con quien nos reconcilió Jesús, el Salvador, ya en el mismo instante de su concepción virginal⁴².

Si, pues, es legítimo, confesar nuestros pecados a los hermanos, con mucha más razón podremos arrojar nuestras culpas en el seno ancho e inagotable de la que nos mira con ojos misericordiosos, y es por Quien —así Dios lo ha querido— nos viene de Dios todo lo que El nos concede⁴³.

39. No sólo en esta antífona, sino en otras, profesamos nuestra fe en la maternidad de la Virgen sobre nosotros. Cfr. LEÓN XIII, *Octobri mense* (22-IX-1981) ASS 24 (1891) 196.

40. Cfr. ROSCHINI, o. c., *Mediazione*.

41. Cfr. *Lumen gentium*, n. 53.

42. En el *Instrumentum laboris* para el Sínodo de los Obispos, se nos recuerda que Jesús es ya *reconciliatio et pax* (cfr. Eph 2, 14 ss.), y el «opus reconciliationis, cuius origo est in ipsa unione Verbi Dei cum humana natura ex Virgine assumpta, culmen attingit in paschali mysterio Christi. 'Ipse enim, Filius Dei, incarnatione sua cum omni homine quodammodo Se univit', GS, 22» (*Instrumentum laboris*, Vaticano 1983, 19).

43. Cfr. S. BERNARDO, *In Nativitate B. Mariae Virginis*, PL 183, 441.

El pecado ofende a Dios, y es ésta la verdadera dimensión teológica que hace que nuestro egoísmo sea pecado⁴⁴; pero también ofende a la Madre a quien el Padre ha colocado al cuidado de su Familia⁴⁵.

4. Ahora bien. La Santa Misa es la presencialización del Sacrificio de la Cruz en el Calvario: el mismo oferente, la misma Víctima. Cristo actúa como único Mediador que nos reconcilia con el Padre; y no por necesidad sino por benevolencia de Dios, este sacrificio —«sangre derramada para la remisión de los pecados»— se realiza no sin la cooperación de la Madre, que al pie de la Cruz «vehementer cum Unigenito suo condoluit et sacrificio Eius se materno animo sociavit, victimae de se genitae inmolationi amanter consentiens» (LG, 58).

El precio de la redención o rescate era la sangre de Cristo, que el Espíritu Santo hizo que comenzara a ser sangre del Hijo de Dios en el momento del *fiat* de su Madre y a la que suministró lo necesario durante los nueve meses que el Salvador vivió en el seno materno. Esto explica la unánime enseñanza del Magisterio y de los Predicadores que afirman que María preparaba en ese tiempo la «víctima que se iba a inmolar en el Calvario».

Caro Christi, caro Mariae, es un aforismo que se hizo famoso a la sombra de San Agustín, a quien la frase se atribuía. Carne y sangre, víctima material de la redención, Cristo la había recibido, como repiten frecuentemente los Padres, de la Virgen, pues, siendo Dios, no tenía con qué pagar a precio humano: «cum mortis aculeum recipere non posset natura Deitatis, suscepit tamen, nascendo ex nobis, quod possit offerre por nobis»⁴⁶.

44. Por el egoísmo nos cerramos a los demás, nos hacemos insolidarios de una sociedad en que no podemos vivir sin respetar las interrelaciones humanas. Cfr. *Gaudium et spes*, n. 24 ss. Pero esta dimensión social sólo se hace teológica en el supuesto de que Dios existe y es el autor de esta nuestra manera de estar en el mundo: cfr. *Sacrosanctum Concilium*, 109, b.

45. Aunque indirectamente, JUAN PABLO II expone esta doctrina en la convocatoria del Año Santo. El Papa propone a María como modelo que ha de tener la Iglesia para percibir los frutos del Jubileo: es la primera redimida y, al mismo tiempo, la primera en ser asociada más cercanamente a la obra de la Redención (cfr. *Ecclesia*, 5-II-1983). «Ella es el vértice de la Redención. Ella indisolublemente unida a esta obra por ser la Madre del Redentor y el fruto más sublime de la Redención». «La creemos y sabemos presente para disponer nuestros corazones al gran acontecimiento. A tanto la capacita su función maternal (cfr. LG, 62)» (*Discurso a los Cardenales de la Curia Romana*, 23-12-1982, «L'Osservatore Romano», 24-12-1982).

46. S. LEÓN MAGNO, *Sermo 8 de Passione Domini*, 8 PL 54, 342.

Pero no sólo es esta mediación mediata la que tuvo la Virgen. Acabamos de leer cómo la Constitución *Lumen gentium* dice que María *non sine divino consilio* estuvo al pie de la Cruz. Y los teólogos hablan de un mérito corredentivo en este momento culminante de la salvación del género humano, doctrina que adopta el Magisterio, como puede verse en este testimonio de San Pío X: «como fue por Cristo asociada a la obra de nuestra salvación, nos merece *de congruo*, como dicen los teólogos, lo que Cristo nos mereció *de condigno*»⁴⁷.

Labor de los teólogos será explicar el cómo y el hasta dónde de estos merecimientos de la Virgen, no sólo a la hora de la Encarnación, sino también al pie de la Cruz, ante la cual mantuvo firme su *fiat* de siempre, que la unía a la obra redentora de su Hijo. Los teólogos no están de acuerdo en explicar esta asistencia activa de la Virgen en el Calvario; pero, en línea con el Magisterio de la Iglesia, podemos afirmar que los méritos de María —con otro título y con más intensidad y amplitud que nuestros méritos— se funden con los de Cristo a la hora de la Redención.

La Iglesia es consciente de ello. Y, como indicación para la preparación del sacerdote a la celebración eucarística, ha conservado, de entre la amplísima y diversa preparación del Misal de San Pío V, esta oración a la Virgen María:

«O Mater misericordiae, beatissima Virgo Maria, ego miser et indignus peccator, ad te confugio toto corde et affectu, et peto pietatem tuam, ut, sicut dulcissimo Filio tuo in Cruce pendenti assististi, ita et mihi... clementer assistere digneris, ut tua gratia adiuti, dignam et acceptabilem hostiam in conspectu summae et individuae Trinitati offerre valeamus».

De cómo se entienda esta asistencia, depende lo que pedimos a la Virgen, «a la ayuda de su gracia», a la hora de presenciar el mismo Sacrificio del Calvario, único y el mismo ahora que el que se ofreció entonces y que continúa el sacerdocio celeste del Principal Sacerdote.

Con la mayoría de los teólogos, apoyados en sólidas razones tradicionales, admitimos que, al lado de los méritos de Cristo, *sub Ipso et cum Ipso* «nadie ha experimentado, como la Madre del Crucificado, el misterio de la Cruz, el pasmoso encuentro de la transcen-

47. S. Pío X, *Ad diem illum*, ASS 36 (1903-1904) 453.

dente justicia divina con el amor: el *beso* dado por la misericordia a la justicia (cfr. Ps 85 (84) 11). Nadie como Ella, María, ha acogido de corazón ese misterio: aquella dimensión verdaderamente divina de la redención, llevada a efecto en el Calvario mediante la muerte de su Hijo, *junto con el sacrificio de su corazón de Madre, junto con su 'fiat' definitivo*».

Luego habla el Papa de que María merece tal misericordia «a través de la participación escondida, y al mismo tiempo incomparable en la misión mesiánica de su Hijo» de «acercar a los hombres al amor que El ha venido a revelar»⁴⁸.

De esta participación consciente y voluntaria, que dura cuando dura su maternidad, le vienen esos méritos que fundan su intercesión misericordiosa.

Y entonces no vemos el reparo de hablar de méritos —que no es un término sólo de escuela, sino usual en la liturgia— para quedarnos sólo en la intercesión, pues la liturgia como la teología explícita o implícitamente, cuando apela a la intercesión de los santos, saben que ésta se funda en los méritos de la Virgen y de los Santos, que adquirieron uniéndose y completando lo que falta a la redención de Cristo.

Y son precisamente estos méritos de la Virgen, asociada a la obra de la Redención, los que en unión con los de Cristo se nos aplican en el sacramento de la Penitencia —como en los otros sacramentos—, y a los que alude implícitamente la Iglesia al conmemorar *in primis* a la gloriosa siempre Virgen María en ese momento culminante de la Comunión de los Santos que es el Sacrificio Eucarístico.

5. Con esta misteriosa comunión relaciona Juan Pablo II el Jubileo de la Redención que vivimos: «la celebración de todo jubileo pone en comunicación con la riqueza incomparable de los méritos y de los sufrimientos que los mártires y los santos a lo largo de la historia antigua y reciente de la Iglesia han constituido, como una corona admirable, con la entrega de su vida y de su heroica fortaleza. Pero cada vez aparece con mayor claridad (...) que el sufrimiento de los hermanos, unido al sufrimiento de Cristo es un tesoro del que vive la Iglesia y que sostiene la fe de todos»⁴⁹.

48. JUAN PABLO II, Enc. *Dives in misericordia*, AAS 72 (1980) 1208-1212.

49. JUAN PABLO II, *Discurso a los Cardenales y miembros de la familia pontificia*, 25-I-1983.

Estas palabras del Papa nos traen en seguida al recuerdo la imagen de la Reina de los mártires, quien, al pie de la Cruz, unía sus dolores al infinito sufrimiento de Cristo. Y la Iglesia, que nació del costado de Cristo muerto, era la hija de los dolores de la Madre, como siente la misma Iglesia, y lo expone por boca de sus Doctores y Predicadores.

Este tesoro lo administra la Iglesia, extraordinariamente, en los Años Santos. De ordinario administra el fruto de la Redención por medio de los sacramentos. En el centro, la Eucaristía, de la que hemos hablado. Como preparación, la Penitencia, en el contacto personal del que se confiesa y que recibe la absolución, reforzada, diríamos, con la fórmula deprecatoria en que se acude a la intercesión de la Bienaventurada siempre Virgen María.

Y en esta experiencia gozosa, en que junto al penitente, la comunión entera de los Santos, del cielo y de la tierra, la Virgen tiene ese lugar que destaca Juan Pablo II, con cuyas palabras cerramos nuestro trabajo: «La Iglesia entera, desde los obispos hasta los fieles más pequeños y humildes, se siente llamada a vivir la última fase de este siglo XX de la Redención que la prepare para el tercer milenio ya cercano, con los mismos sentimientos con los que la Virgen María esperaba el nacimiento del Señor en la humildad de nuestra naturaleza humana. Como María ha precedido a la Iglesia en la fe y en el amor en el alba de la era de la Redención, así la preceda hoy mientras en este Jubileo se prepara hacia el nuevo milenio de la Redención»⁵⁰.

50. JUAN PABLO II, *Bula de la convocación del jubileo para el 1950 aniversario de la Redención*, «Ecclesia» (5-II-1983), p. 11.

